

manifestó después su descontento por el deficiente cumplimiento de sus órdenes. En cambio en los siguientes días revisieron carácter más terrible las devastaciones en las extensas y fértiles llanuras del Rin, a pesar de que muy poca cosa habían dejado en pie los jinetes de Melac que antes habían pasado por ellas. El castillo y la aldea de Schwetzingen fueron incendiados; una porción de aldeas hasta entonces respetadas sufrieron igual suerte, y en suma, el país floreciente que se extendía entre Heidelberg, Mannheim y el camino de la primera a Darmstadt quedó convertido en un desierto.

Fue aquel el comienzo de la serie de hechos funestos cuyo terrible curso solo podemos relatar en sus rasgos principales. La primera víctima, después de Heidelberg, fue Mannheim, cuya destrucción se había propuesto Louvois desde un principio como ciudad y como fortaleza. Ya en enero había el ministro dado a Montclair el encargo de que anunciara a los habitantes de aquella población que el rey había resuelto destruir por completo su ciudad «sin dejar en ella en pie un solo edificio», proponiéndoles al mismo tiempo que fueran a establecerse en Alsacia (1); pero no se puso manos a la obra hasta marzo, tres días después del incendio de Heidelberg. Habiéndose negado los habitantes a cumplir la orden que se les dio de que ellos mismos demolieran sus casas, los soldados franceses procedieron a demolerlas desde el 5 de marzo; y como la obra destructora no avanzara a la medida del deseo, apelóse también allí al fuego, cuya acción era más rápida que la del hombre, y donde el fuego no bastaba, como sucedía en los grandes edificios, especialmente en los templos, se acudió al recurso de las mismas. Los mandatos de Louvois fueron cumplidos al pie de la letra con sin igual crueldad, y aquella hermosa y rica ciudad convirtióse en un inhabitable montón de ruinas: el implacable ministro, para asegurar su obra, dio orden de que se fusilara a todo habitante que intentara cualquier trabajo de reconstrucción (2). Los pobladores de Mannheim se dispersaron por las ciudades vecinas y muchos de ellos huyeron hasta Magdeburgo, donde hallaron excelente acogida. La mayoría de aquellos expatriados no regresaron a sus antiguos hogares hasta después de firmada la paz de Ryswick (1697), fecha en que comenzó paulatinamente la repoblación de aquellos sitios tan cruelmente tratados ocho años antes (3).

Después de Mannheim tocóles el turno, según órdenes de Louvois, a Spira y a Worms. Las columnas del ejército alemán, en su movimiento de avance, se aproximaban cada vez más al Rin; y aunque aquellas dos ciudades se habían rendido a los franceses por medio de capitulación, no pudiendo éstos defenderlas y no queriendo que pudiesen servir a los alemanes de puntos de apoyo para ulteriores operaciones, decretóse su destrucción «por razón de guerra», según se manifestó a sus habitantes cuando se les notificó la orden de que evacuaran sus viviendas condenadas a ser destruidas. Esta terrible sentencia fue ejecutada simultáneamente en las dos ciudades episcopales en los últimos días del mes de mayo de 1689: ni los templos ni las catedrales fueron respetados y hasta los antiguos sepulcros imperiales de la catedral de Spira fueron horriblemente destruidos y profanados.

lettres, etc., tomo V, pág. 298). Esto no obstante, Louvois supo la verdad y se quejó al general Montclair por el modo deficiente en que se habían ejecutado sus órdenes: véase la carta de disculpa de este último, de 22 de marzo, en la cual se dice que para destruir por completo «una gran ciudad como Heidelberg» se hubieran necesitado 8 ó 10 días y muchas más tropas, y se hubiera tenido que hacer salir antes a sus habitantes. (*Recueil*, tomo V, pág. 322.)

(1) Roussel: tomo IV, pág. 106.

(2) Roussel: tomo IV, pág. 168.

(3) Véase Feder: *Historia de la ciudad de Mannheim*, tomo I, página 145.

Cuanto más se prolongaban aquellos horrores, tanto más crueles eran las vejaciones, los robos y los saqueos de la soldadesca, cuyos bárbaros instintos eran impotentes a dominar sus propios jefes (4). Por los mismos días sufrió igual suerte la imperial ciudad de Oppenheim, é innumerables aldeas, lugares y villas de las comarcas del Rin, así los fortificados como los abiertos, tanto los católicos como los protestantes, sucumbieron sucesivamente en aquella no interrumpida obra de desolación y de incendio. El sistema de devastaciones que sumió a aquellos territorios por largo tiempo en la miseria prolongóse hasta fines de otoño; y sin embargo, Francia solo pudo conseguir de un modo muy incompleto el fin político-militar que por tales medios se había propuesto.

Al mal éxito que tuvo la agresión por Luis XIV dirigida contra el Sudoeste de Alemania había que agregar otro fracaso, más sensible todavía, sufrido en otra parte. Su enemigo mortal, Guillermo III de Orange, había acometido su empresa magna y la fortuna había coronado sus esfuerzos.

¡Cuán fácilmente hubiera podido el monarca francés evitar el trascendental suceso de la revolución inglesa si en el otoño de 1688 hubiese llevado sus armas contra Holanda en vez de llevarlas a la Alemania meridional! La confianza ciega de Jacobo II fue causa de que éste rechazara las proposiciones que en tal sentido se le hicieron, creyendo que por sí solo podría hacer frente al peligro. También este Estuardo retrocedió espantado ante la idea de entrar exteriormente en una completa comunidad de intereses con el déspota francés y temió que si lo hacía aumentaría las dificultades de su situación en Inglaterra.

Así pudo Guillermo III hacer los preparativos para su expedición. De todos los que hizo antes de entrar en campaña el más importante fue sin duda la estrecha alianza que había ya concertado con el Gran Elector y que mantuvo el sucesor de éste, Federico III. Por virtud de ella 6,000 hombres de infantería y caballería pasaron al servicio de los Países Bajos y el grueso de las fuerzas brandeburguesas se concentró en el bajo Rin para estar dispuesto contra los franceses en cuanto éstos intentaran el primer ataque contra Holanda. El elector Federico y Guillermo III convinieron las últimas estipulaciones en una entrevista secreta que celebraron en Minden a primeros de setiembre de 1688, y enviaron inmediatamente a Colonia un destacamento de brandeburgueses y otras tropas del círculo westfalo para asegurar a aquella ciudad contra cualquier golpe de mano de parte de Francia. De suerte que por el lado del Rin contaban los Países Bajos con una fuerte defensa militar: Federico III de Brandeburgo con sus posiciones en el bajo Rin cubría la expedición a Inglaterra del de Orange.

Guillermo III terminó sus preparativos en el mes de octubre. La antigua tradición según la cual una parte de las tropas brandeburguesas puestas al servicio de Holanda tomó parte en la expedición a Inglaterra é intervino gloriosamente en las luchas que allí y en Irlanda se sostuvieron hasta la batalla decisiva a orillas del río Boyne (30 de julio de 1690), es insostenible: cierto que Federico III cedió al de Orange un excelente general, el refugiado francés mariscal Schomberg, que hacía poco tiempo había entrado a su servicio; pero por lo que toca a los regimientos brandeburgueses

(4) Véanse las relaciones detalladas de los contemporáneos en Soldan: *La destrucción de la ciudad de Worms en 1689* (Worms, 1889), y Canstatt: *Padecimientos de la ciudad de Worms y su destrucción por los franceses en 31 de mayo de 1689* (Worms, 1889); Schlozer: *Indicaciones de Estado*, cuadernos 51 y 53.

puede afirmarse que no pisaron el territorio inglés (1). La verdad es que en el ejército de Guillermo III no faltaban, como no faltaban en casi ninguno de los ejércitos de aquel tiempo, soldados y oficiales alemanes; que los mercenarios alemanes constituían un contingente numeroso en muchos regimientos holandeses y que entre los jefes de éstos encontramos muchos nombres de familias reinantes y nobles de Alemania.

No es este lugar oportuno para relatar el curso de aquella notable expedición. En 15 de noviembre de 1688 desembarcó Guillermo III en las costas inglesas y algunas semanas después declaró Luis XIV la guerra a Holanda; pero en aquel mismo tiempo consumóse en Inglaterra de una manera violenta la deserción, de antemano preparada, de todos los elementos que al separarse del monarca legítimo se habían conjurado para defender «la religión protestante y el parlamento libre (2)». Jacobo II se refugió como fugitivo en la corte francesa en los últimos días del citado año. El nuevo orden de cosas proclamado en Inglaterra quedó muy pronto organizado, y en el mes de febrero de 1689 subieron al trono declarado vacante Guillermo de Orange y su esposa María Estuardo en virtud de una nueva constitución que en su desenvolvimiento y en su práctica había de ser uno de los fundamentos del progreso político de Inglaterra y de Europa.

Siendo esta empresa, en su sentido más íntimo, un eslabón importante de la cadena de medidas de defensa adoptadas por Europa contra la hegemonía de la monarquía francesa, la consecuencia natural de su feliz éxito fue que las dos potencias de Inglaterra y Holanda unidas se aliaran estrechamente con todos los elementos de resistencia contra Francia, no solo con los que ya habían entrado en lucha, sino también con los que estaban dispuestos a luchar. En 12 de mayo de 1689 firmóse en Viena una alianza estrecha entre el emperador y los Países Bajos, que sirvió de base a una nueva «gran alianza». El emperador Leopoldo, prescindiendo de graves escrúpulos de los católicos, llegó a un acuerdo con los Estados generales para una acción militar común contra Francia. Del trascendental cambio ocurrido en la situación de las cosas fueron elocuente prueba la respuesta que a la demanda de ayuda de Jacobo II dio el gobierno de Viena, diciéndole que de sus aventuras solo debía culpar a su propio exceso de celo (3), y el hecho de ser el embajador español en la corte imperial, Borgomanero, el que más enérgicamente combatió todos los escrúpulos que suscitaba la alianza con los herejes (4). La magnitud de los fines políticos hacia que la cuestión religiosa quedara relegada al segundo término. Para aquel tiempo y para el porvenir fue de importancia decisiva la circunstancia de que los holandeses se obligaran expresamente en el tratado de alianza a apoyar, cuando llegara el caso, los derechos de la casa de Habsburgo a la sucesión de la monarquía española y a defender, contra las pretensiones francesas al Imperio, la sucesión en éste del archiduque José (5).

La importancia de estos compromisos estaba más que en

(1) Respecto de esta cuestión tan a menudo debatida, véase el concienzudo trabajo de Jany: *Las tropas auxiliares brandeburguesas de Guillermo de Orange en 1688* (*Investigaciones para la historia brandeburguesa y prusiana*, publicadas por Koser, tomo II, pág. 99).

(2) *Pro religione protestante, pro libero parlamento*, inscripción de la bandera del buque almirante de Guillermo III.

(3) Van der Heim: *Archief van den Raadpensionaris Antonie Heinsius*, tomo I, pág. 106.

(4) Ranke: *Historia inglesa*, tomo VI, pág. 190.

(5) Tratado de alianza de 12 de mayo de 1689 inserto en el *Corps univ. dipl.*, de Dumont, tomo VII, pág. 229, en donde pueden verse los tratados de adhesión que se citarán.

el hecho de que los contrajeran los Estados generales de los Países Bajos, en el de que el estatuto de éstos fuera al propio tiempo rey de la Gran Bretaña. Inmediatamente después de firmada la alianza de Viena, adhirióse a ella Guillermo III en nombre de Inglaterra, siendo en cambio reconocido como rey de ésta por los demás firmantes. A los pocos meses se recibió la adhesión del duque Víctor Amadeo de Saboya, el cual se veía duramente oprimido en su propio país por las guarniciones de Pinerolo y Casale. Al pedirle a la sazón Luis XIV la ciudadela de Turin, se separó violentamente de él, llamó de nuevo a los valdenses a sus valles, de donde habían sido expulsados, y entró en la gran alianza que se comprometió a arrebatar a los franceses aquellas dos plazas fuertes (4 de junio de 1690). Luis XIV habíase apresurado a declarar la guerra al rey Carlos II de España, pues no podía tolerar la neutralidad de los Países Bajos españoles en la gran lucha que iba a arrostrar, resultando de ello que también aquel monarca se adhirió a la gran alianza (6 de junio de 1690). La diplomacia de los aliados a fin de no tener que dividir su atención y fraccionar sus fuerzas por causa del rompimiento, entonces inminente, entre Dinamarca y Suecia con motivo de la antigua contienda sobre la soberanía del duque de Holstein-Gottorp (6), apresuróse a conseguir, por medio del tratado de Altona, una inteligencia entre los dos reinos del Norte, por virtud de la cual el rey Cristiano de Dinamarca se vio obligado a renunciar provisionalmente a sus pretensiones.

Los acontecimientos militares seguían entretanto su curso en el teatro de la guerra, en Alemania. Arrojad los franceses de Franconia, de Suabia y del Palatinado, las dos primeras cosas que debían procurar los jefes del ejército alemán eran reconquistar a Maguncia y expulsar al enemigo de las posiciones que ocupaba en el bajo Rin y en Westfalia: de la primera encargóse el duque Carlos de Lorena al frente de 40,000 soldados del emperador y del Imperio, entre los cuales, junto a otros contingentes imperiales, sobresalía por su número y por su excelente equipo el contingente sajón mandado por el elector Juan Jorge en persona. La segunda quedó a cargo principalmente del elector Federico de Brandeburgo, a cuyo ejército, compuesto de 20,000 hombres, agregáronse un cuerpo auxiliar holandés y las tropas del obispo de Munster.

La lucha empezó en el bajo Rin (7). En los primeros meses de 1689, gracias al rápido movimiento de avance de los alemanes, quedó Westfalia libre de franceses y en marzo comenzaron las principales operaciones bajo la dirección de los generales brandeburgueses Schoning y Barfus. Reunidos estos dos generales en Wesel y engrosadas sus fuerzas con los socorros holandeses, subieron por la orilla del Rin en dirección a Bonn, que a la sazón era el principal punto de apoyo que en el río tenían los franceses. El ejército alemán demostró su superioridad en repetidos y afortunados combates, a consecuencia de los cuales el enemigo se vio obligado a abandonar una tras otra sus posiciones: Neuss, Rheinberg y Kaiserswerth hubieron de capitular; pero la tarea más difícil era el sitio de Bonn. Era entonces esta ciudad una importante plaza de guerra, cuyas fortificaciones había

(6) Véanse sobre esto mayores detalles en la descripción de la gran guerra septentrional que estalló en 1700, en donde casi se reproduce la misma situación.

(7) Hennert: *Materiales para la historia guerrera brandeburguesa durante el reinado de Federico III* (Berlín y Stettin, 1790); Ennen: *Francia y el bajo Rin*, tomo I, pág. 505; K. W. de Schoning: *Vida y hechos militares del gran feldmariscal Juan Adán de Schoning* (Berlín, 1837); Barfus-Falkenberg: *Juan Alberto conde de Barfus* (Berlín, 1854).

aumentado considerablemente á última hora el cardenal Furstenberg que, protegido por los franceses, seguía considerándose como elector y señor legítimo del arzobispado de Colonia: además su guarnición era numerosa y el comandante francés, conde de Asfeld, estaba resuelto á resistir á todo trance. A fines de junio, cuando el ejército alemán se disponía á comenzar el difícil sitio, presentóse entre sus tropas el elector Federico III.

Por consejo de Schoning y para lograr la rendición pronta de Bonn, hizo una tentativa consistente en la toma del fuerte Beuel, situado en la orilla derecha del Rin, enfrente de aquella plaza: el fuerte fué tomado por el general Barfus, pero esta operación no tuvo la consecuencia que se esperaba, pues los franceses siguieron resistiéndose á pesar del terrible bombardeo. En vista de ello, fué preciso organizar un sitio en regla, cuyos trabajos preliminares no quedaron terminados hasta mediados de agosto. El mariscal Bouffler quiso hacer levantar el cerco y á este efecto dirigióse desde el Mosela hacia Bonn al frente de un ejército de socorro; pero su plan fracasó por haberle salido al encuentro un fuerte destacamento mandado por Schoning. No obstante, los sitiadores, aun después de perdida toda esperanza de ser socorridos, se defendieron tenazmente: el golpe decisivo se retardaba una y otra semana y entretanto surgían en el cuartel general del elector disensiones y rivalidades entre Schoning y Barfus, que por algún tiempo llegaron á entorpecer las operaciones, hasta que Federico III, armándose de energía, puso orden en aquel estado de cosas (1).

El duque Carlos de Lorena, con las tropas del emperador y del Imperio, había comenzado entretanto el sitio de Maguncia (mediados de julio de 1689): estaba esta plaza perfectamente pertrechada y su comandante, el general de Huxelles, tenía á sus órdenes 9,000 hombres escogidos y había podido prepararse con tiempo. El ataque y la defensa fueron igualmente vigorosos: el general francés mostrábase infatigable ordenando continuas salidas, pero de semana en semana se estrechaba la distancia entre los sitiadores y los muros de la ciudad sitiada. En el campamento alemán había, además del duque de Lorena, multitud de príncipes alemanes que deseaban tomar parte en la lucha, y entre los cuales figuraban en primera línea el elector Juan Jorge de Sajonia con sus dos hijos, Maximiliano Manuel de Baviera, que había llevado consigo una parte de su ejército apostado en el alto Rin, y el príncipe Eugenio de Saboya, que fué herido á los pocos días de haber llegado. «Nunca se ha visto al Imperio tan unánime en la acción común como en este terrible sitio de Maguncia,» escribía Chamlay á Louvois sumamente descorazonado (2).

Ocho semanas duró la lucha. El mariscal Duras, á quien se había dado orden de acudir sin pérdida de momento á libertar á la plaza, vaciló hasta que fué ya demasiado tarde para operar. El duque de Lorena dispuso el asalto decisivo para el día 6 de setiembre, en cuya tarde y después de doce horas de incesante bombardeo de la ciudad por todas las piezas de artillería, comenzó el asalto general por dos distintos puntos á la vez. Dos horas lucharon terriblemente asaltantes y asaltados cuerpo á cuerpo en la contraescarpa y en el camino cubierto, sufriendo unos y otros horribles pérdidas; y aun cuando en este primer asalto no lograron los alemanes

(1) Los detalles de estos sucesos que tanta sensación produjeron pueden verse en las dos biografías citadas y en mi artículo sobre Barfus, publicado en la *Biografía general alemana*, tomo II, pág. 62. A consecuencia de estos acontecimientos, Schoning abandonó poco después el servicio de Brandeburgo y entró como feldmariscal en el ejército del elector de Sajonia.

(2) Rousset: tomo IV, pág. 234.

penetrar en la plaza, el comandante de Huxelles no quiso esperar el segundo, sino que, después de cesar el combate por haber cerrado la noche, resolvióse á capitular. Firmóse la capitulación en 8 de setiembre con la condición de que los vencidos podían salir libremente y con todos los honores militares, y tres días después la guarnición francesa, compuesta todavía de 5,000 hombres, hizo entrega de la ciudad á los alemanes y se retiró á Landau. En las ocho semanas que duró el sitio, los franceses, según dijo de Huxelles para justificar su conducta, habían agotado todas sus municiones y consumido todas las existencias de pólvora, habiéndoles faltado además fusiles (3). La capitulación de Maguncia se consideró en Francia como una tremenda derrota, de la que la opinión pública procuró consolarse atribuyéndola únicamente á la escasez de pólvora de que de Huxelles se había lamentado: los enemigos de Louvois no dejaron de hacer á éste responsable de aquella falta dedicándole versos satíricos, como estos:

*¡Pour un ministre des plus grands
La belle prevoiance,
De laisser tant d'honnêtes gens
Sans poudre dans Mayence!* (4)

A la toma de Maguncia siguió inmediatamente la rendición de Bonn.

Cuando el duque Carlos de Lorena preparaba el asalto decisivo á Maguncia, pidió al elector Federico de Brandeburgo que le enviara un cuerpo de auxilio, é inmediatamente un destacamento de 6,000 hombres salió del campamento de Bonn en dirección á Maguncia; pero habiendo recibido en el camino la noticia de que esta plaza había capitulado, volvieron aquellas tropas á su primer destino. Llevada á cima su empresa, apresuróse el de Lorena, á fin de precipitar el sitio de Bonn, á acudir en ayuda del elector con 14,000 hombres, penetrando con ellos en la línea de asedio. Los brandeburgueses tenían muy adelantadas sus obras que llegaban hasta muy cerca de la plaza y que, merced á aquel refuerzo, quedaron terminadas en los últimos días de setiembre. El día 9 de octubre, después de un bombardeo de muchos días, dióse el asalto general, cuyos detalles fueron análogos á los del de Maguncia (5). Luchando contra una defensa tenacísima avanzaron los alemanes hasta el camino cubierto y apoderándose de él hicieron fuertes al llegar la noche en la muralla principal; el combate, sin embargo, no prosiguió á la mañana siguiente porque el comandante d'Asfeld, desalentado y mortalmente herido, firmó la capitulación en virtud de la cual la guarnición francesa, compuesta de 1,800 hombres, salió de la plaza con todos los honores militares. El día 13 de octubre hicieron los alemanes su entrada en la ciudad conquistada.

Así terminó el año de guerra (1689), tan pródigo en acontecimientos importantes. La toma de Maguncia y de Bonn era un comienzo que presagiaba fortuna en el teatro de la guerra alemán; pero no era mas que un comienzo, pues si bien se habían reparado las pérdidas del año anterior, el adversario no quedaba quebrantado ni vencido. La cuestión

(3) Rousset: tomo IV, página 239. Al comenzar el sitio había en la plaza 256,000 libras de pólvora y 5,000 mosquetes de repuesto.

(4) La poesía entera está inserta en Rousset, tomo IV, pág. 254: según éste hace notar (pág. 246), esta poesía constituye un interesante documento que demuestra el papel importante que como espantajo guerrero representaba todavía en el recuerdo de los parisienses el valeroso general de caballería de la guerra de treinta años, Juan de Werth.

(5) La descripción de algunos episodios personalmente presenciados puede verse en las *Memoires originaux*, etc., del conde Cristóbal de Dohna (Berlín, 1833), pág. 110.

estribaba en ver si el esfuerzo hasta entonces hecho y que tan felices resultados había dado se sostendría en una guerra larga que revestía cada vez mas el carácter de lucha europea y para la cual aperciábase Luis XIV con todo el inagotable arsenal de sus recursos.

CAPITULO II

GUERRA CONTRA FRANCIA Y GUERRA CONTRA TURQUÍA

Luis XIV, con su agresión en las fronteras del Imperio alemán, había dado en 1688, sin querer y sin preverlo, la señal para una nueva gran guerra de coalición contra la preponderancia de la monarquía francesa. Este primer ataque no había tenido el éxito deseado por haber opuesto el Imperio una resistencia inesperada. Desde entonces y por largo tiempo la guerra en Alemania quedó relegada á segundo término, pues desde 1690 las fuerzas de las potencias beligerantes fueron especialmente solicitadas por la lucha en los Países Bajos españoles y en la alta Italia, logrando muy pronto gran ventaja en todas partes las armas francesas, merced á haber puesto Francia en campaña todas sus tropas mandadas por sus mejores generales.

El 1.º de junio de 1690, el ejército holandés á las órdenes del príncipe Jorge Federico de Waldeck fué derrotado por el mariscal de Luxemburgo en la batalla de Fleurus, no volviendo á quedar en cierto modo equilibradas las fuerzas hasta que, cuatro semanas después, uniéronse á Waldeck el ejército brandeburgués, que mandaba el elector Federico, y otras tropas alemanas auxiliares. Aquella derrota, sin embargo, no quedó compensada por ninguna nueva batalla, pues aunque el de Brandeburgo ponía gran empeño en intentarla, Waldeck se resistió á hacer tal tentativa, que además le prohibieron los Estados generales. El mariscal de Luxemburgo mantúvose también en una prudente defensiva.

Por aquel mismo tiempo el general Catinat obtuvo la brillante victoria de Staffarda (18 de agosto de 1690) sobre el duque Víctor Amadeo de Saboya, á consecuencia de la cual los orgullosos y ambiciosos piemonteses se arrojaron decididamente en brazos de la coalición anti-francesa; pero antes de que llegaran sus socorros, supo el hábil Catinat explotar su victoria de una manera eficazísima.

La escuadra francesa mostróse á igual altura que el ejército de tierra, y en 10 de julio de 1690 el almirante Tourville causó graves pérdidas y puso en dispersión á la armada anglo-holandesa en la batalla naval de Bechy Head.

En compensación de todas estas derrotas la coalición no consiguió mas que una victoria, bien que ésta fué de trascendentales consecuencias. El mismo día de la batalla de Fleurus (1.º de julio de 1690), libróse en Irlanda la del río Boyne, que fué la batalla verdaderamente decisiva entre Guillermo III y Jacobo II. Con la derrota del Estuardo sufrió Luis XIV un golpe terrible, pues fracasada, á consecuencia de ella, la tentativa de una restauración armada con auxilio de Francia, la Inglaterra protestante bajo el gobierno del gran Orange quedaba salvada y, aunque no del todo pacificada en el interior, pasaba en lo que al exterior se refería de la defensa al ataque con toda la fuerza que le daban sus victorias. La completa sumisión de Irlanda quedó consumada en 1691, y cuando en la primavera de 1692 presentóse en el canal de la Mancha la gran armada francesa que conducía á Inglaterra un ejército de desembarco y con él el llamamiento á la insurrección, fué derrotada y poco menos que destruida en la terrible batalla naval del cabo La Hogue (20 de mayo de 1692) por las escuadras unidas de Inglaterra y Holanda, como lo había sido en otro tiempo la armada

de Felipe II (1). Desde aquel momento no había que pensar en una invasión en Inglaterra, antes al contrario fué ésta la que por algún tiempo pensó en invadir por mar á Francia (2). De todos modos, desde entonces el poderío de Inglaterra, mientras dispusiera de él Guillermo III, estaba dispuesto para la lucha en el continente.

Las luchas mas importantes tuvieron efecto en los Países Bajos: y decimos mas importantes y no decisivas porque no cabe emplear esta palabra dado el equilibrio de fuerzas y de éxitos que allí se mantuvo. La toma de Mons, una de las plazas mas fuertes de Bélgica, acaecida en abril de 1691, y la de Namur, ciudad fortificada y personalmente defendida por el gran fortificador holandés Coehorn, realizada en julio de 1692, fueron otros tantos grandes triunfos de las armas francesas, glorificadas á los ojos de Francia por la presencia personal de Luis XIV; pero no modificaron esencialmente la situación de las cosas, como tampoco la modificó la indecisa batalla de Steenkerke (3 de agosto de 1692), con la que Guillermo III quiso reparar el fracaso de Namur.

El plan de esta batalla todavía fué dispuesto por el príncipe Jorge Federico de Waldeck. En el curso de nuestra narración hemos tenido varias veces ocasión de hablar de este valeroso y entendido conde imperial westfalia á quien el emperador Leopoldo elevó á la categoría de príncipe del Imperio y cuyos pasos hemos podido seguir desde sus primeros actos políticos al servicio del Gran Elector hasta sus últimas luchas en unión de Guillermo de Orange contra Luis XIV. Ahora toca á su término la gloriosa vida de este patriota alemán y europeo: en efecto, pocos días después de la batalla de Steenkerke, Waldeck se retiró del ejército con el propósito de reparar en unos baños las fuerzas que comenzaban á faltarle; pero solo pudo llegar hasta Arolsen, en donde falleció en 19 de noviembre de 1692 á la edad de 73 años (3).

Menos decisivas aún que en Bélgica fueron durante estos primeros años las luchas sostenidas en el Rin. El entusiasmo bélico que en 1689 se despertó en Alemania y merced al cual se opuso un dique á la invasión francesa, debilitóse muy pronto, y en su lugar surgió una no interrumpida serie de sensibles discordias entre la corte imperial y los diversos Estados armados acerca de las cuestiones de los cuarteles de invierno, de las asignaciones pecuniarias impuestas á los Estados no armados, de los subsidios estipulados, etc. Las tropas alemanas y sus generales habían dado elocuentes pruebas de sus excelentes condiciones militares, pero en cambio reinaba la confusión mas espantosa en todo cuanto se relacionaba con la organización material y económica de aquel ejército. El sistema acordado en 1681 no había sido todavía puesto en práctica: los grandes cuerpos de ejército que poseían algunos Estados imperiales como Brandeburgo, Sajonia, Hannover y Baviera no podían ser constantemente mantenidos por ellos con recursos propios, sino que el Imperio debía ayudarles proporcionándoles cuarteles de invierno, manutención y dinero, auxilios cuya distribución era cada año causa de las mas odiosas luchas. Generales eran las censuras contra el emperador, porque abusando de su posición, especialmente en la cuestión de acuartelamientos de invierno, solía reservarse la mejor parte para sus tropas, é infinitas las quejas por la falta de pago de los subsidios y por la desigualdad con que se repartían las asignaciones pe-

(1) Por la tempestad, no por la escuadra anglo-holandesa.

(N. del T.).

(2) Véase Ranke: *Historia inglesa*, tomo VI, página 252.

(3) Véase el simpático elogio póstumo que de él hace el historiador holandés P. L. Muller al final de su obra: *Guillermo III de Orange y F. G. de Waldeck*, tomo II, pág. 102.